

BENDITO EL QUE VIENE EN EL NOMBRE DEL SEÑOR – Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Mt 21.2-11

*Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, Jesús entonces envió a dos discípulos, diciéndoles: **Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y enseguida encontraréis un asna atada y un pollino con ella; desatadla y traédmelos. Y si alguien os dice algo, decid: “El Señor los necesita”; y enseguida los enviará. Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta, cuando dijo: Decid a la hija de Sion: “Mira, tu Rey viene a ti, humilde y montado en un asna, y en un pollino, hijo de bestia de carga.”***

Entonces fueron los discípulos e hicieron tal como Jesús les había mandado, y trajeron el asna y el pollino; pusieron sobre ellos sus mantos, y Jesús se sentó encima. La mayoría de la multitud tendió sus mantos en el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las tendían por el camino. Y las multitudes que iban delante de El, y las que iban detrás, gritaban, diciendo:

¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Cuando El entró en Jerusalén, toda la ciudad se agitó, y decían: ¿Quién es éste? Y las multitudes contestaban: Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea.

Durante el camino de Jesús desde Galilea hasta Jerusalén, él había dado a sus discípulos el anuncio de lo que le esperaba llegando a aquella ciudad. Había hablado de su pasión muerte y resurrección. Ahora entra en Jerusalén, y esta ciudad se pregunta cómo con fastidio y estremecida ¿Pero quién es este?

La multitud le había aclamado de manera equivocada como “Hijo de David”, citando el Salmo 118 “Hosanna, hosanna al hijo de David”. ¿Cómo podía ser el Hijo de David?, se preguntarían los de Jerusalén, uno que entra en la ciudad a lomos de un borrico. No tiene nada de extraordinario ni tiene nada que ver con aquella idea que se habían formado sobre la figura del Mesías, del liberador, de aquel guerrero conquistador que tenía que devolver al pueblo de Israel toda su grandeza y la gloria perdida.

El evangelista Mateo en este domingo de Ramos nos cuenta como Jesús ha entrado en Jerusalén y nos habla de su identidad como Mesías, que no tiene nada que ver con las figuras del poder y que con su persona ha abatido todos los atributos de lo que significa el dominio, las ganas de estar por encima de los demás y la ambición por dominar y poder controlar la vida de la gente.

El evangelista Mateo empieza situando a Jesús en el Monte de los Olivos. En aquel lugar según la tradición judía tenía que manifestarse la gloria de Dios y también tenía que manifestarse el Mesías. Desde el Monte de los Olivos Jesús ha ordenado a sus discípulos que fueran a una aldea, que es la imagen de los lugares cerrados muy apegados a la tradición, a las costumbres de siempre. Les dice que vayan a desatar a una una borrica con su pollino y que si alguien les dice algo que contesten que el Señor lo necesita pero que después lo devolverá.

¿Qué tiene que ver todo esto con el episodio de la entrada de Jesús en Jerusalén? Hay una profecía en el libro del Génesis que tiene que ver con unas palabras del patriarca Jacob hacia sus hijos. La bendición que ha hecho hacia sus once hijos, con la cual Judas, como cabecilla del grupo, recibe estas palabras diciendo que él va a tener el bastón de mando hasta que llegue uno que ate su borrico a una vid. Mateo está haciendo alusión a estas palabras del patriarca Jacob, diciendo que ya ha llegado aquel que va a recibir la autoridad y va a tener el centro en sus manos porque se le imagina como uno que ha atado su borrica a una vid. Pero ahora será lo contrario pues Jesús pide que se desate a ese animal diciendo que aquellas palabras realmente se van a realizar pues aquella profecía que hablaba de un liberador de Israel que iba a recibir por parte de Dios toda la autoridad ya está aquí, y lo hará desatando esas palabras con la imagen de la burra que viene llevada hasta Jesús y en la que él va a subir para entrar en la ciudad de Jerusalén.

El profeta Zacarías había anunciado también que la llegada de este príncipe a Jerusalén habría sido un príncipe a favor de la paz. Mateo cita las palabras del profeta Zacarías acerca de la hija de Sión. “Mira a tu rey que llega sencillo, montado en un asno, en un pollino hijo de acémila”. No tiene nada que ver con un mesías victorioso. Es la figura de uno que cabalga un borrico. El borrico no es un animal de guerra ni de conquista. Tampoco es animal para los grandes cortejos en donde los reyes o los personajes importantes tenían que hacer su aparición en una ciudad. El borrico es un animal para trabajar, un animal de campo, de carga.

De esta manera, recordando las palabras del profeta Zacarías, Mateo quiere darnos a conocer cual es el mesianismo de Jesús, que entra en este borrico, desatando aquellas palabras, aquella profecía de libro del Génesis. Y entra en son de paz, como uno que quiere ir a trabajar por la paz. Lo hace de una manera sencilla, sin ningún atributo de poder, sin nada que recuerde aquella imagen del Mesías glorioso que va a conquistar con la fuerza ese poder para restaurar la gloria del pueblo de Israel.

Los discípulos han puesto sus mantos encima del borrico. Esto quiere decir que acompañan a Jesús, que se identifican con él; la gente, en cambio, ha alfombrado la calzada y han echado sus mantos en el suelo. Quieren ver a Jesús como ese mesías que viene para dominar. Poner el manto en el suelo significa estar dispuesto a que uno te controle la vida o que incluso pueda pisotearte si eso significa que va a conquistar el poder y que va a tener toda la autoridad en sus manos.

La gente no ha comprendido aún el significado del mesianismo de Jesús. No han llegado a entender todo lo que ha venido diciendo acerca de su persona que no puede ser para nada comparada o asociada a

esas imágenes tradicionales del mesías guerrero y victorioso en el sentido de uno que usara la fuerza para conquistar el poder.

La gente irá abriendo el cortejo como si Jesús tuviera que ser guiado por ellos. Es una imagen que el evangelista Mateo nos presenta para decir como la tentación en la vida de Jesús ha estado presente hasta el último momento. Son los que abren el cortejo quienes van anunciando “hosanna al hijo de David”. Quieren ver a Jesús como un mesías de fuerza según la tradición. Ese rey David que tenía las manos manchadas de sangre pero que había dado al pueblo de Israel la gloria perdida que ya ni siquiera se podía encontrar realizada.

Jesús entra en Jerusalén de una manera que la gente que lo acompaña no entiende, y la ciudad entera de Jerusalén se estremece al oír la llegada de este personaje. Dirán entonces que es el Mesías el profeta, Jesús el de Nazaret de Galilea, recordando de nuevo sus orígenes. Galilea era una tierra de rebeldes y piensan que Jesús va a dar un golpe de estado para hacerse con el poder. Nada de todo esto.

Jesús entra en Jerusalén en la total y máxima incompreensión. La ciudad no lo reconoce y la gente que lo ha seguido lo ha confundido con un personaje que nada tiene que ver con todo lo que Jesús ha enseñado.

Para entrar en Jerusalén y poder reconocer a Jesús como Mesías hay que tener en cuenta esa actitud de uno que viene en son de paz con la imagen, cabalgando un borrico, que quiere decir uno que va a trabajar siempre por la paz. Jesús lo ha hecho durante toda su vida con actitudes muy concretas a favor de los últimos y de los que estaban mal, devolviendo la dignidad a aquellos que la habían perdido, invitando a la generosidad, a la solidaridad con toda la gente.

De esta manera se puede reconocer a Jesús como el Mesías esperado. Uno que no viene para conquistar el poder si no que viene a dar la vida para que un día, sobre esta tierra, puedan desaparecer todos los poderes que aún hoy son la causa del sufrimiento y de la injusticia de la gente.